

NEW YORK  
JAZZ  
ALL STARS 2020

EN PALABRAS DE

**Rafael Vargas**  
Escritor e investigador cultural.

Todos soñamos con vivir en una ciudad perfecta, ¿no es cierto? Una ciudad en la que, además de fábricas, escuelas, tiendas, hospitales, contemos con espacios que nos permitan disfrutar las cosas que más nos gustan y, de preferencia, compartirlas (todo lo que se comparte es doblemente disfrutable), saludar a quienes gustan de ellas tanto como nosotros, identificarnos, propiciar que haya cada vez más espacios semejantes, llámense restaurantes, museos, salones de baile, salas de conciertos. Es en torno a esos espacios que las ciudades crecen y se vuelven de veras habitables, son esos los lugares a los que constantemente queremos volver, a los que deseamos llevar a quienes apreciamos, para que también los conozcan y en ellos se solacen. Son las extensiones del hogar.

Durante siete años ya —siete, igual que el número de notas musicales— el equipo al que debemos la posibilidad de disfrutar en México los programas anuales de conciertos New York Jazz All Stars ha trabajado precisamente en el sentido de convertir nuestra ciudad en un sitio más grato, más placentero, dando lugar a conciertos extraordinarios de un género musical que, según la sincopada definición de uno de sus más célebres amantes, “es la lluvia y el pan y la sal, algo absolutamente indiferente a los ritos nacionales, a las tradiciones inviolables, al idioma y al folklore: una nube

sin fronteras, un espía del aire y del agua, una forma arquetípica, algo de antes, de abajo, que reconcilia mexicanos con noruegos y rusos y españoles, los reincorpora al oscuro fuego central olvidado, los devuelve a un origen traicionado, les señala que quizás había otros caminos y que el que tomaron no era el único y no era el mejor, o que quizá el que tomaron era el mejor, pero que había otros caminos dulces de caminar y no los tomaron, o los tomaron a medias, y que un hombre es siempre más que un hombre y siempre menos que un hombre, más que un hombre porque encierra eso que el jazz alude y soslaya y hasta anticipa...” Palabras que, como el lector probablemente sabe, se encuentran en Rayuela, de Julio Cortázar, gran gozador del jazz, cuyo ritmo y libertad aprovechó —se nota— para escribirlas.

Es un lujo tener la oportunidad reiterada de asistir a conciertos excelentes en un sitio que tiene las mejores condiciones para escuchar música dentro de una esfera tan cómoda e íntima como la Sala Roberto Cantoral, donde el público afecto al jazz se aúna conforme la música acompasa su pulso y establece un latido unánime.

Se trata de conciertos programados por un grupo de personas que ama el jazz, sabe que la Ciudad de México no puede carecer de un espacio para apreciarlo, y sabe elegir a los mejores músicos para contagiarnos su gusto. ¿Constructores de utopías? El tiempo dirá. Uno sale jubiloso de cada concierto y anticipa el siguiente —que quisiera semanal, si fuese posible— con la urgencia propia del adicto. Bueno: por lo menos una vez al mes podemos vivir en estado de jazz, es decir, en estado de gracia.

El programa de este año está compuesto por ocho conciertos que habrán de celebrarse entre marzo y noviembre —abril será, como reza un poema famoso, “el mes más cruel” dado que este será el primero de ocho programas en que no habrá recital abrilero, aunque quizá se compense ese vacío gracias a que la apertura de este nuevo ciclo estará a cargo de un cuarteto capitaneado por un músico caribeño de gran talento: el pianista cubano Elio Villafranca, y, en mayo, otro caribeño, el trompetista Etienne Charles, nativo de Trinidad y Tobago, también al frente de un cuarteto, se encargará de que la cuerda del programa se mantenga tensa y tenga continuidad. Así que el Caribe contribuirá, como en tantos otros casos en la historia (y no sólo la del jazz), a mantener en alto la reputación neoyorquina.

Elio y Etienne son, por cierto, neoyorquinos por derecho propio. Con más de 23 años, el primero, y más de 15, el segundo, de haberse mudado a Manhattan, han enriquecido —fusión de ritmos mediante— la fisonomía de aquella ciudad. ¿O acaso la música no es parte de su arquitectura? Ya Goethe, el gran vidente alemán, decía con toda razón que la arquitectura es “música petrificada”).

Y en junio el cuarteto del cantante Charles Turner demostrará que la voz, nuestro instrumento natural, por así decirlo, es uno de los más finos, completos y admirables.

Un cuarteto más, dirigido por un pianista cuyo talento ya hemos tenido oportunidad de aplaudir, Dan Nimmer, tocará en julio, aunque esta vez Nimmer ofrecerá un concierto muy diferente, pues la vez anterior encabezaba —en septiembre de 2015— un terceto.

Nimmer será el responsable de inaugurar el verano, que en este octavo ciclo estará conformado por un trío de conciertos que se antoja concebido para rendir homenaje a la majestad del piano, pues en agosto escucharemos al trío de Emmet Cohen, otro pianista estupendo, y en septiembre actuará el cuarteto de Isaiah J. Thompson, el más joven de estos tres espléndidos maestros del teclado, nacidos, respectivamente, en 1982, 1990 y 1998. En el cuarteto de Thompson destaca, por cierto, la presencia del saxofonista Julian Lee, cuyas primeras, muy recientes grabaciones, por fortuna, pueden escucharse a través del sitio electrónico de Spotify.

En octubre escucharemos al cuarteto de la cantante Sara Gazarek, que ya ha grabado cerca de una decena de álbumes en los que su voz, brillante, con una dicción clara y precisa —mérito que parece fácil, pero sólo es propio de los grandes cantantes—, es cada vez más elogiada por la crítica.

Y en noviembre la clausura del programa estará a cargo del guitarrista Gilad Hekselman, quien también podría haber sido un distinguido pianista, y cuya fama ha crecido internacionalmente en pocos años.

Este octavo programa es más que bueno. Lo único que requiere esta serie de conciertos es que el público acuda a escucharlos. Los músicos ofrecen el concierto; el público, al escucharlo, lo acepta y lo consume. La música integra a unos y a otros. (Hacer música es un arte, hay que aprender a escuchar música hasta que escucharla sea parte de ese arte también.)

Y eso es lo que persiguen los ciclos de New York Jazz All Stars desde hace por lo menos cuatro años (2016 - 2019), a lo largo de los cuales, además de brindar al público melómano un acontecimiento memorable, también aprovecha la presencia de los músicos que vienen desde Nueva York para que los estudiantes de jazz y los músicos profesionales mexicanos puedan entrar en contacto con ellos



Es así como DeQuinta Producciones, en colaboración con el Centro Nacional de las Artes, creó el Taller Avanzado para Ejecutantes de Jazz, en el cual 419 músicos mexicanos tuvieron la oportunidad de trabajar de cerca, a lo largo de cada ciclo, con grandes exponentes de ese género.

Y con la misma intención los músicos que han conformado los programas pronunciaban antes de cada concierto conferencias abiertas a todos los interesados que ahora serán sustituidas por clases magistrales en cuyo marco los grupos surgidos de los Talleres Avanzados para Ejecutantes de Jazz serán invitados a presentar su trabajo de cara a los maestros neoyorquinos, quienes harán observaciones respecto a su ejecución, todo ello frente al público que tradicionalmente ha asistido a las conferencias y que ahora saldrá aún más enriquecido luego de presenciar en tiempo real la dinámica de una clase maestra y de acercarse —desde un ángulo en el que muy pocas veces tenemos ocasión de colocarnos— a la complejidad de esta maravillosa música. E igual que se hacía antes, cuando concluía cada conferencia, al finalizar cada clase magistral se invitará al público asistente a formular preguntas.